

ser inevitable; concedamos á la niñez sus entretenimientos infantiles y á la primera juventud la embriaguez de las primeras impresiones y de las pasiones primeras, pero que esto no impida el que elevemos el nivel de nuestras ideas y nos emancipemos algo de las miserias de la materia para pensar un poco en las grandezas del espíritu.

Haciéndolo así, daremos un gran paso en ese progreso moral á que todos debemos aspirar; seremos mas dignos del fin para que fuimos criados; y puesto que vivimos en una tierra de miserias, aprenderemos á ser fuertes para saber resistir las que Dios señala al destino de cada criatura.

Antonio Guerola.

LA CARIDAD EN LA GUERRA.

Nuevamente se estiende y se arraiga la guerra civil en las Provincias Vascongadas. El Comité navarro de la Asociación de socorro á heridos sale al encuentro de este triste objeto, que se presenta otra vez, para llenar en él su generosa mision; pero si bien se presenta el Comité rico de caridad y de abnegacion, se halla pobre de recursos y los pide por medio de la sentida alocucion que se ha publicado en Pamplona y que insertamos á continuacion.

La VOZ DE LA CARIDAD ha remitido recientemente mil reales para contribuir á esa humanitaria empresa, y de esperar es que la voz que invoca la paz y pide para los heridos no quede desatendida, cuando tanto eco hallan otras voces que gritan guerra y producen sangre y esterminio.

Triste pension ha cabido al Comité navarro por tener en su territorio un casi continuo campo de batalla. Afortunadamente los beneméritos individuos de esa Seccion, y sobre todo su dignísimo Presidente el Dr. Landa, se manifiestan á la altura de tan críticas circunstancias, y su celo crece á medida que se aumentan la necesidad del socorro y la escasez de fondos para proporcionarlo. ¡Dios bendecirá y protegerá tan santa obra! Así lo esperamos.

Antonio Guerola.

Asociacion universal de la Cruz Roja.—Socorro á los heridos.

HERMANOS: Ya que por desdicha nuestra arde en Navarra el fuego de la guerra, arda tambien y mas brillante el fuego de la Caridad cristiana.

x-rite

colorchecker CLASSIC

100
90
80
70
60
50
40
30
20
10
0

mm

LA VOZ DE LA CARIDAD.

LA VOZ DE LA CARIDAD.

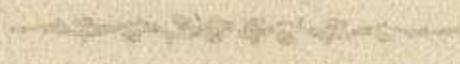


REVISTA QUINCENAL

REVISOR GENERAL Y ESTABLECIMIENTOS REALES
DE LA IMPRENTA DE LA VILLA DE MADRID



TOMO 4.º AÑO 1874

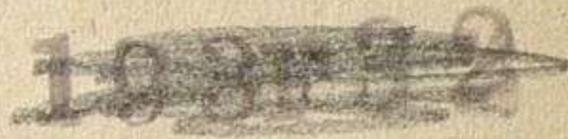


MADRID

IMPRESA DE LA VIUDA E HUGO DE D. EUSEBIO AGUADO

Calle de Puerta Cerrada, 2.

LA VOZ DE LA CARIDAD.



REVISTA QUINCENAL

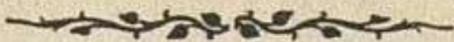
S

241

DE

BENEFICENCIA Y ESTABLECIMIENTOS PENALES.




TOMO 4.^o—AÑO 1874.


MADRID:

IMPRESA DE LA VIUDA É HIJO DE D. EUSEBIO AGUADO.

Calle de Pontejos, núm. 8.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 230

LECTURE 1

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 73.—15 de Marzo de 1873.

*Dios es caridad. (San Juan
Epíst. I, 4, 8.)*

ADVERTENCIA.

Continúa la penosa enfermedad de la Señora Doña Concepcion Arenal y continuamos privados de sus escritos. ¡Dios quiera restituirla pronto la salud como vivamente se lo pedimos.

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

Doña M. E. de C. Recibida la limosna de 500 rs., distribuidos inmediatamente á enfermos casi en su totalidad, con la piadosa condicion impuesta por la bienhechora. Que Dios oiga las oraciones de los pobres y alivie al enfermo, como de todo corazon deseamos.

LA CIENCIA DE SER FELIZ.

ARTÍCULO 5.º (*)

Hacer bien.

Otro grande elemento de felicidad propia es el procurar la de los demás, en lo que á cada uno le sea posible. Si esto no aleja las desgracias, contribuye al menos á soportarlas. Si no es medicina que cura, es bálsamo que calma.

Pero antes de examinar los efectos de esta causa, conviene que nos fijemos bien en la causa misma. Hemos dicho: *Hacer bien*, porque

(*) Véanse los números de esta Revista, 69, 70, 71 y 72.

DONATIVO DEL Sr. LASTRES
AL
ATENEO DE MADRID
1907

así abraza la caridad en su mayor estension posible, y en este sentido es como contribuye á hacernos menos desgraciados.

Buena es toda caridad, desde la fastuosa fundacion de un hospicio hasta la limosna de monedas de cobre dadas á un mendigo; y aun á veces, bajo el punto de vista cristiano, es mas meritorio á los ojos de Dios el óbolo del pobre que el donativo espléndido del rico. Pero la caridad, como consuelo de desgracias propias, no debe limitarse á la limosna y socorro material: puede y debe abrazar mas ámplia esfera; toda la que se comprende en esas dos hermosas palabras: *Hacer bien*.

Esa esfera empieza por un grande sentimiento de benevolencia hácia el género humano, de indulgencia para sus imperfecciones, de aprecio para sus bondades y de interés para sus obras todas. De ese sentimiento, que, como origen bueno, no puede ser fecundo mas que de cosas buenas tambien, brota luego la compasion hácia el que sufre, el alivio al que padece, el apoyo util al que vacila, el socorro al necesitado, el consuelo posible á todas las penas y la simpatía afectuosa á todas las desventuras. Véase, pues, por esta ligera indicacion, si al que quiera hacer el bien le faltarán ocasiones de practicarlo.

Y no se crea que esta hermosa facultad está reservada por privilegio de la fortuna á los ricos y á los felices. Quede ese error para el egoismo, que, como disculpa de su indiferencia ante los males ajenos, alega la existencia de las propias y la necesidad en que se halla de recibir consuelos en vez de darlos. Para hacer bien solo se necesita firme voluntad de hacerlo.

Ricos ó pobres, sábios ó ignorantes, felices ó desventurados, de elevada ó de humilde posicion, todos pueden hacer algun bien; porque al lado de un pobre hay otro mayor, delante de un ignorante hay quizás quien lo es mas todavía, y apenas habrá desdicha que no pueda compararse en perspectiva ó en recuerdo con otra mas desastrosa. Es tan valle de lágrimas este valle en que vivimos, que para una persona de buenos sentimientos podrán faltar venturas que envidiar, pero nunca desventuras que consolar.

Para ello no se necesitan ni estudios, ni investigaciones, ni alta inteligencia. En la vida normal y vulgar de cada uno tenemos siempre á la mano algo en que ejercitar el deseo de procurar el bien.

Principiando por la propia familia, donde, por obligacion y por cariño, hay tanto que cuidar, que querer y que vigilar con amoroso interés, á cada paso que demos en la vida social hallaremos, ya un amigo que necesita consejo, ya una empresa generosa que reclama cooperacion, ya un trabajo util que se brinda á nuestra actividad, ya un pequeño socorro que dar, ya un error que desvanecer; ya, en

fin, una série de desgraciados que sufren en diversos sentidos y que están llamando á las puertas de nuestro corazon en demanda de un poco de simpatía consoladora.

Esto es el hacer bien: esto es lo que en otra forma, mas tierna aún, nos ordena aquel sabio precepto del gran código cristiano cuando dice á los hombres: «Amaos unos á otros como hermanos.»

Pero si esto es precepto religioso y consejo moral y conveniencia de buen sistema social, es todavía algo mas; es, como hemos dicho, elemento para la propia felicidad en esta vida.

Sí: no hay que dudarlo. Nuestro corazon, hecho para los goces, los busca de todas clases: esa sávia de ternura que encierra, necesita objeto digno en que fijarse. De aquí el ansia de emociones, de placeres y de impresiones que den animacion á la vida. Esa ansia, dirigida á un fin de celestial pureza, hace los santos; abandonada á los instintos de la materia, hace los viciosos; entregada á las malas pasiones, forma los criminales; y cifrada en pequeñeces, hace á los hombres pequeños y mezquinos.

Pues bien: supuesta esa actividad afectiva de nuestra alma, y puesto que ella, por bueno ó mal camino, nos hace buscar el goce mundano, lo que importa es dirijirla hácia sensaciones que, sin dejar de ser placeres, sean al mismo tiempo obras útiles para la humanidad; y ninguna mejor que el placer y la obra de procurar el bien á los que lo necesitan.

Los demás placeres podrán dejar embriagada nuestra imaginacion: este deja tiernamente complacido nuestro corazon, y provechosamente satisfecha nuestra conciencia.

Porque, obsérvese bien, que el privilegio especial de esta virtud consiste en que armoniza y enlaza el placer con el deber. Otros deberes podrán ser penosos para llegar á ser meritorios, porque se necesite para cumplirlos contener los propios impulsos en aras de una abnegacion inevitable; pero en el deber moral y cristiano de hacer el bien posible á nuestros semejantes sucede todo lo contrario. Lejos de reprimir esos impulsos, hay que dejarse llevar de ellos, y en este abandono estriba el principio de un gran placer.

Abandono, sin embargo, que no debe ser ni ciego ni completo. Aun en el bien puede haber abuso por el modo de practicarle, y hasta en el ejercicio de una virtud puede ingerirse un sentimiento egoista que en parte la haga desmerecer. En el placer de hacer bien, hemos de buscar el bien ageno antes que el placer propio; es decir, no ejercer la caridad exclusivamente para gozar nosotros, sino para que redunde en provecho y consuelo de los desgraciados: llenado este objeto principal, la parte de satisfaccion nuestra la tendremos

sin buscarla. No haciéndolo así, la caridad ganaria en egoismo lo que perderia en su carácter de virtud cristiana y de obra meritoria.

Otro manantial de consuelos que nos produce el hacer bien, consiste en las comparaciones que nos presenta. Cuando consolamos una desgracia ó socorremos una necesidad, vemos sus efectos en quien la sufre; y naturalmente comparamos esos tristes efectos con nuestra propia situacion, que afortunadamente se ve libre de ellos. Esto no solo sirve para avivar el goce de nuestra felicidad, sea grande ó pequeña, sino que es un recuerdo y llamamiento hácia la gratitud que debemos al Criador por habernos evitado sufrir las penas que hace sufrir á otros.

Finalmente, puesto que ante la justicia perfecta de Dios nada pasa desapercibido, al hacer una buena obra, podemos pensar con fe consoladora que esa obra no será perdida para nosotros, como visiblemente no lo es para el que la recibe; y que procurando el bien á nuestros semejantes, podemos mejor esperar el recibirlo de ellos á nuestra vez, cuando nos llegue la hora de la desgracia. Si así no sucede, sin embargo, si nuestros beneficios se pagan con ingratitud é indiferencia, si no hallamos en esta vida compensacion de bienes recibidos por bienes hechos, no debemos ver en ello un desengaño que nos desaliente, sino un recuerdo persuasivo de esa otra vida inmortal que á todos nos aguarda, donde se enmendarán las aparentes injusticias de esta perecedera.

Antonio Guerola.

UNA VISITA A LA CASA DE VARIOS POBRES.

ARTÍCULO 2.º (*)

Tristes son los cuadros que he bosquejado en mi artículo anterior. La miseria abyecta, fétida y repulsiva por un lado; por otro la pobreza simpática, la tranquilidad y la alegría que da el cumplimiento de los deberes.

El dolor de los dolores que oprimió mi corazon de angustia, que reavivó en mi alma recuerdos de la niñez, heridas aún no cicatrizadas, fue la historia de una pobre viuda que, habiendo tenido la suerte de ocupar una posicion distinguida entre la clase media, bajó de desgracia en desgracia hasta hallarse un dia en la alternativa de dejar morir á sus hijos de hambre, ó salir á pedir una limosna por las calles.

(*) Véase el número anterior.

Yo no podré pintar su semblante pálido, sus ojos impregnados de lágrimas, que hacían correr las nuestras por simpatía, ni el acento conmovido de su voz: solo puedo trasladar fielmente su relato.

«Señoras, nos dijo, describir á ustedes todas las penas, todos los desengaños que he sufrido despues de la muerte de mi marido, sería cansarlas inutilmente. Quedé con seis hijos y en una posición regular. La muerte de dos de ellos despues de largas enfermedades, cuestiones que me promovieron sobre la legitimidad de nuestra fortuna los mismos que estaban obligados á ampararnos, me arruinaron completamente.....

»Quizás no sepan ustedes cómo en nuestra situación un suceso insignificante, que pasaria desapercibido en otra familia, se convierte en una desgracia. Habíamos pasado el dia cosiendo mi hija y yo, la otra estaba gravemente enferma: al anochecer envié la obra por mi hijo menor; eran dos camisas, por las que nos pagaban en un comercio diez y seis cuartos, á ocho cada una: no habíamos comido mas que unos mendrugos de pan, y esperábamos con ánsia el dinero para preparar unas sopas. Como á la hora de haber marchado, volvió mi hijo llorando y lamentándose: le habían pagado un real de plata, advirtiéndole que sobraba un cuarto á cuenta para otro dia; á los pocos pasos se le habia escurrido de las manos, y por mas que buscó, no pudo hallarle; acaso alguno de los que le ayudaban á buscarle tuvo la crueldad de ocultarle. Nos acostamos sin cenar, dispuestos á pasar una dolorosa noche de insomnio. Millares de personas que acudian en aquellos momentos á los teatros, á los cafés, si hubieran visto nuestra posición desesperada, nos hubieran dado, sin duda, parte de lo que iban á gastar quizás para aburrirse; pero ¿cómo se pueden ver estos dolores ocultos? Si hubiera tenido el valor de bajar á la calle y contarlo á los transeuntes, ¿me hubieran creído? Es una maldad el falsificar una moneda; pero el falsificar el dolor es un crimen, es un sacrilegio. ¡Cuántos engañan su conciencia aparentando creer que toda desgracia de esta especie es una farsa!

»Mi hija seguía enferma, estaba tísica, no teníamos ya qué empeñar ni á quién recurrir; el médico le habia recetado una medicina que costaba 30 rs., y que creía la aliviaria algo. Entonces hice un esfuerzo sobrehumano; resolví salir á pedir una limosna por la salud de mi hija.

»Salí, en efecto, á la calle: cuando pasaba cerca de mí una persona, parecia que una fuerza superior me clavaba en el sitio; un temor inesplicable helaba mis palabras y oía una voz que me decía: *mas adelante, aqui pueden conocerte.* Seguí andando hasta una

»travesía muy distante de mi casa. Oí hablar á unas señoras que
 »estaban en un cuarto bajo y llamé y rogué que me permitieran
 »entrar. Caí anonadada en una silla y entre lágrimas y congojas les
 »conté mi angustia. Me escucharon con atencion, tomaron apunta-
 »cion de mi casa y me despedí de ellas sin que me hubieran dado
 »nada.

»Así volví á casa, y al dia siguiente continuó mi peregrinacion
 »dolorosa.

»Empecé á subir á varias casas: en algunas me daban limosna;
 »en otras me despedian los porteros brutalmente, como si fuese un
 »perro rabioso ó un ladron. Una pobre portera, á quien pedí permi-
 »so para subir, contándole mi pena, sacó dos ochavos del bolsillo y
 »me los dió, diciendo: *suba usted, señora, yo soy una pobre y no puedo*
 »*disponer de mas.* ¡Nunca he agradecido mas limosna alguna!

»Volví á casa con veinte y tantos reales. Mis hijos no habian
 »comido; la medicina no se compró; puse un puchero para que mi
 »pobre enferma tuviese caldo y nosotros pudiéramos comer.

»A los dos dias mi otra hija me avisó que estaban allí dos Seño-
 »ras que preguntaban por nosotras. Les habian hablado de mí las
 »dueñas de aquel cuarto bajo donde yo habia reposado la noche que
 »sali á pedir. Ellas me socorrieron, ellas dirijieron un memorial en
 »mi nombre á la Casa de socorro, de donde mandaron mantas y un
 »jergon para la cama de mi hija enferma. Cuando tuve el dolor de
 »perderla á los pocos dias, ellas cuidaron hasta de enviarme los lu-
 »tos. Eran dos almas privilegiadas; ejercian la caridad como un sa-
 »cerdocio, inteligente y concienzudamente: á veces severas, á veces
 »dulces como niñas, aun cuando no llevasen socorros, llevaban
 »siempre la paz á la casa de los pobres.

»Una ya ha muerto. Cuando el dolor me agobia y la resignacion
 »está pronta á abandonarme, entro en una iglesia y rezo por ella:
 »entonces me parece que me oye y me consuela como cuando
 »vivía.»

Acabó su relacion la pobre viuda, la desconsolada madre, que
 de tres hijos que le quedan tiene dos heridos de muerte, la hija de
 tisis, el hijo de hipertrofia: nosotras estrechamos su mano con pro-
 funda simpatía. ¡Cuánto he pensado en ella y cuánto siento que mi
 fortuna no me permita seguir los impulsos de mi corazon!

Emilia Mijares.

LA CONTRIBUCION Y LA CARIDAD.

Bajo este título hemos recibido un escrito anónimo, pues lo suscribe solo *Un hombre de buena voluntad*, en que se impugnan las ideas que consignamos en el nuestro denominado *Contribucion sobre la caridad*, inserto en el número 71 de esta revista.

Aunque la calidad de anónimo pudiera retraernos de publicarlo y de comentarlo, como ambas cosas se nos piden al final del mismo, vamos gustosos á complacer á su autor. Estimúlanos tambien á ello el pseudónimo que ha adoptado. Un hombre de buena voluntad siempre es bien recibido en LA VOZ DE LA CARIDAD.

Dice así el artículo.

«Contra lo que D. Antonio Guerola esperaba, el número de LA VOZ DE LA CARIDAD correspondiente al 15 de este mes ha llegado á manos de un Diputado, el cual ha leído con interés el articulito que el mismo consagra á censurar el impuesto sobre derechos reales y trasmision de bienes, con motivo de haber de aplicarse á un legado caritativo ó benéfico, hecho de primera intencion á él mismo ó á alguno de sus compañeros de redaccion.

«Teníamos entendido que el Sr. Guerola gozaba cierta fama de hombre de administracion; pero al leer el artículo á que nos referimos, hemos comprendido que el fervor del filántropo es superior en él á la crítica de estadista.

«Resulta de los mismos hechos que aduce, que el impuesto no afecta personal ni directamente, en el caso de que trata, á los pobres, sino que ha de recaer sobre una Asociacion anónima, siquiera tenga por objeto una empresa laudable y benéfica.

«Debe recordar el Sr. Guerola que las leyes, sobre todo las de impuestos, han de tener un carácter general en sus determinaciones, para aproximarse siquiera al ideal de la justicia; y á este principio generador ha obedecido la ley de 26 de diciembre último en lo relativo á la contribucion de que se trata. Pues á pesar de esto, ha esceptuado del impuesto *los actos ó contratos otorgados directamente en favor de los establecimientos de Beneficencia sostenidos de fondos generales del Estado*. Vea, pues, el caritativo crítico cómo no hay para qué suponer ligereza ni injusticia en el precepto legislativo de que se ha ocupado. La exencion prenotada responde por lo tanto á un principio económico de ciencia y de equidad, que no se ha considerado estensivo á otra clase de establecimientos ó colectividades, ni mucho menos á individuos particulares, que, aun siendo pobres,

»dejan legalmente de serlo por el beneficio gracioso de un legado y
 »en cuanto á la importancia del mismo se refiere.

»Mas atinado hubiera andado el Sr. Guerola, abogado de pobres,
 »por lo que á los impuestos se refiere, censurando el antiguo de
 »consumos, mucho mas antieconómico, antibenéfico, despiadado é
 »inícuo que el del 10 por 100 aplicable á los legados, que ha suble-
 »vado su espíritu con motivo del que ha dejado la Señora Avellane-
 »da con destino á la Sociedad denominada *La Constructora Benéfica*.

»Cuide esta Sociedad de hacer un recto empleo de la citada can-
 »tidad, cuyo buen resultado no ha de malograrse ciertamente por la
 »deduccion del 10 por 100 en concepto de impuesto sobre trasmis-
 »sion de bienes.

»Bien quisiéramos, como el Sr. Guerola, que la exencion de im-
 »puestos por motivos filantrópicos ó benéficos fuera aplicable al
 »caso que cita y á muchos otros que en la práctica podrán presen-
 »tarse con iguales caracteres; pero esto, repetimos, no es posible en
 »buenos principios económicos y administrativos.

»Si sensible es tener que deducir el 10 por 100 del legado que la
 »Señora Avellaneda ha dejado graciosamente para un objeto benéfico,
 »sin determinacion individual y antes de que este se realice, ¿cuánto
 »mas no debe afectarle la triste suerte de tantos millares de contri-
 »buyentes, que permanentemente ayudan al levantamiento de las car-
 »gas públicas con cuotas tan exiguas, que verdaderamente acusan
 »una pobreza real, por mas que figuren en los amillaramientos de
 »la riqueza inmueble ó en las matrículas de la industrial? A estos
 »pobres suele arrebatárles el fisco el pedazo de pan cuando lo llevan
 »de la mano á la boca, caso verdaderamente mas doliente y aflictivo
 »que el de los afortunados legatarios de la Señora Avellaneda.

»Consagra estas líneas á LA VOZ DE LA CARIDAD para que las in-
 »serte, y al Sr. Guerola para que las comente, *Un hombre de buena*
 »voluntad.»

Principiamos por agradecer la impugnacion, no solo porque ella
 prueba que se hace aprecio del asunto que la motiva, y esto es lo
 que mas importa, sino porque, recibido ese artículo en la noche del
 24 de febrero, resulta probablemente escrito en el mismo dia, que,
 como recordarán nuestros lectores, fue de profunda agitacion polí-
 tica, especialmente dentro de la Asamblea Nacional. El que un
 Diputado, pues, en aquellos dias en que todo lo absorvia la política,
 diese tregua á ella por unos momentos para fijar su atencion en la
 modesta VOZ DE LA CARIDAD, es tan laudable como lisonjero para
 nosotros.

Quizás nuestro impugnador no creerá lo que ante todo vamos á

decirle, pero es la verdad. Si sus observaciones nos hubiesen convencido, hubiésemos tenido la franqueza leal de confesar nuestro error, y hasta celebraríamos poder desvanecer el que pudiéramos haber infundido á nuestros lectores.

Pero con sentimiento y con igual franqueza tenemos que decirle que no hallamos en su escrito razones que nos hagan cambiar de opinion en esta materia.

Dice el Sr. Diputado, que de nuestro propio relato resulta *que el impuesto no afecta personal ni directamente, en el caso de que se trata, á los pobres, sino que ha de recaer en una asociacion anónima*. No comprendemos cómo se saca esta consecuencia de nuestro relato. El legado de la Señora Avellaneda es para una empresa de caridad destinada á los pobres, y, en caso de que no se realice, para las obras de caridad que el legatario crea mas convenientes. ¿Qué tiene que ver, pues, con el impuesto la Asociacion anónima proyectada, que no es mas que el instrumento para realizar aquella empresa? ¿Dejarán los pobres de tener *directamente* ese 10 por 100 menos en el valor de las casas que se construyan, si se lleva á cabo la *Constructora Benéfica*, ó en otros socorros si no se realiza?

Además, si esto ofreciese todavía dudas á alguno, téngase presente que nosotros lamentamos el impuesto bajo un punto de vista general, aunque con ocasion del legado de la Señora Avellaneda, y creemos por lo tanto que en los destinados mas directa ó inmediatamente á los pobres, nadie dudará que es positivo el gravamen. En el número anterior dimos precisamente conocimiento de otros siete legados de 320 rs., hechos por la misma Señora para siete pobres ciegos ó baldados, á cada uno de los cuales se le han cercenado de esa cantidad 32 rs. para el impuesto consabido.

Dícese á continuacion, como para demostrar que la ley no olvidó á los pobres, que en ella se exceptuan del impuesto *los actos ó contratos otorgados directamente en favor de los establecimientos de beneficencia sostenidos con fondos generales del Estado*. Sentimos tener que contestar que esa escepcion, no solo no llena el objeto que pedíamos, sino que precisamente la creemos tambien injusta, y mas aún cuando favorece á los establecimientos generales y desatiende á los provinciales y municipales. Si algun ramo de caridad merecia estar exceptuado de la excepcion que reclamamos, es el de los establecimientos sostenidos con fondos públicos. En efecto, esos establecimientos tienen un presupuesto de ingresos y gastos, y el déficit que siempre resulta es lo que costea el Estado, la provincia ó el municipio, segun sea la clase de establecimiento. Releva, pues, del impuesto de legados á los que se destinan á tales establecimientos ge-

nerales, es hacer un beneficio, no á los pobres ni á la casa donde están acojidos, sino al presupuesto general, que es quien ha de dar el mayor ó menor déficit que tenga.

Seguidamente el articulista nos hace una especie de cargo porque, en materia de impuestos que afectan á los pobres, no censuramos el antiguo de consumos. El cargo sería fundado si hubiésemos defendido los consumos ó se tratase ahora de ellos; pero no sucede ni una cosa ni otra, y no nos parece buen sistema de argumentar el envolver una discusion con otra que no se ha planteado.

Finalmente, el Sr. Diputado nos dice que *bien quisiera, como nosotros, que la exencion del impuesto por motivos benéficos fuera aplicable al caso que nos ocupa y á otros muchos de igual carácter, pero que esto no es posible en buenos principios económicos y administrativos*. Nos complace la espresion de ese deseo, porque vemos por ella que estamos conformes en la aspiracion, lo cual abona en verdad el pseudónimo que ha elejido; pero por desgracia no nos convence la razon que dice se opone á tal deseo. Cuando la ley abraza una generalidad de objetos sobre los cuales puede pesar, ya justa ya injustamente segun sus diversas circunstancias, los buenos principios administrativos y económicos no solo no rechazan las escepciones, sino que las aconsejan y así se hace realmente. En la misma ley de que nos estamos ocupando hay varias escepciones, entre ellas la que ya hemos citado; y puesto que, una vez consignada esa escepcion, se hace ó se quiere hacer el beneficio de ella al pobre acojido en un establecimiento público, no sabemos, en buena lógica, por qué no debe hacerse lo mismo con el pobre que vive mucho mas miserablemente en su casa ó donde puede recojerse.

Creemos haber contestado á nuestro desconocido impugnador; pero lo hemos hecho, no tanto en defensa de nuestra opinion, sino para que no pareciera desden á sus reflexiones y para satisfacer el deseo espresado al final de su escrito. Por lo demás, esto es una verdadera escepcion en la índole y en los hábitos de LA VOZ DE LA CARIDAD, que no es periódico de polémica, por mas que sus redactores en particular sean amantes de la discusion, mucho mas cuando se presenta en la forma cortés y razonada con que lo hace el *Hombre de buena voluntad*.

Antonio Guerola.



La Defensa de la sociedad publica mensualmente y reparte gratis una *Hoja popular* destinada á la instruccion y moralizacion de las clases pobres y redactada al efecto en estilo sencillo. De una de estas

Hojas, debida á la pluma de un apreciable colaborador de nuestra Revista, copiamos el siguiente artículo, tan notable por el fin moral que encierra, como por la originalidad de su estilo.

LOS ENSABANADOS.

En un lugar de la Mancha, del cual no puedo olvidarme, cerca de la Serranía de Alcaráz y no distante de la inclita Chinchilla, dos pastores apacentaban su ganado: el viejo tío Felipe y el joven Antoñillo.

Era de ver con qué aire de sencilla gravedad iba el viejo mayoral Felipe, alto, moreno y tostado, detrás de su rebaño, con su gran sombrero calañés de redonda ala estendida, su blanco cayado de fresno colgado del brazo ó pendiente en línea horizontal de la mano, su chupa y colete de tupido sayal de recia lana, hilada por su mujer y tejida en su lugar, el calzon y polainas de lo mismo, la faja de estambre y sobre ella el cinto de cuero, y las recosidas y reanudadas abarcas de fuerte vaqueta y multiplicadas trenzas de sutiles correas, formando con numerosos trapos de paño, sobrepuestos unos á otros, un redoblado envoltorio, defensivo eficaz y poderoso de los pies contra la intemperie y contra los frecuentes tropiezos y rozaduras en los matorrales y en las peñas. Su andar lento, su erguido tálante, á pesar de su madura aunque no estremada edad, daban á entender que allí, con él, iba andando la *autoridad* de aquella sociedad y compañía, cuya *clase media* era Antoñillo.

Antoñillo, de mediana y tortuosa estatura, colorado y carireondo, con su traje menos nuevo y bien ajustado que el de su mayoral Felipe, el ala del sombrero descolorida y abollada, la calceta asomando por la entreabierta polaina, y el cayado en alto y sobre el hombro como fusil de infantería, flanqueaba el rebaño dando voces y haciendo ademanes con los brazos abiertos para que siguiera por los lindes y veredas que á su apacentamiento convenia.

Detrás de ambos caminaban á pasos contados, caída la cola y la grande cabeza, con anchas carlancas ó collares de hierro, erizados de agudas y aceradas puntas para sus luchas con los lobos, dos mastines enormes, de piel blanca con grandes manchas negras. Estos, como el soldado valiente, no se inquietaban mas que en la hora del peligro.

—¿A dónde vamos á sentar el hato esta noche? dijo Antoñillo al mayoral, subiendo el repecho de una ladera.

—Allá detrás de aquel morrete, contestó Felipe. En aquella rinco-

nada hará menos frio; si las señales no mienten, la noche no será buena.

—Pues allá vamos; y, si Dios quiere, buena ó mala, allí la pasaremos..... ¡Borree..... ga! ¡Borree..... ga! ¡Borree..... ga!

Y siguió el ganado ladera arriba, á la caída de la tarde, ganando al soslayo alguna altura hácia la rinconada que señaló el mayoral. Guiaban con sus esquilones ó sus cencerrillos los moruecos y las corderas *de punta*; seguían todas las reses el timbre de aquel múltiple y apacible tañido, pastando al paso cuanto hallaban á su sabor; al lado de las reses caminaba Antoñillo; en pos, Felipe; y detrás, los dos grandes mastines.

Llegaron; tendió Antoñillo el hato; dejó libre al borriquillo que en su lomo lo llevaba, y que con gran mansedumbre y formalidad fue á colocarse, como una especie de *hermano mayor*, en el centro del circuito que el rebaño ocupaba: acudieron los mastines á las orillas para defender de todo peligro á la mansa grey que custodiaban; y mientras Felipe escojía y limpiaba el sitio en que habia de encenderse la hoguera, que los caminantes contemplan desde lejos, Antoñillo con el azadon iba rozando ó cortando leña y arbustos, con los que pronto se encendió el fuego.

Cenaron en paz y con buen apetito el invariable gazpacho de pastor, mezcla eterna de los dos mas simples y cardinales elementos del sustento humano: el pan y el aceite; y esto amasado y cocido con sus propias manos.

—Parece que esta noche sopla el viento algo enfadado, tío Felipe, dijo Antoñillo. Las ovejas bien se aprietan unas con otras. Como ellas llevan siempre la camisa y la manta puestas, no les importan gran cosa estos silbidos y estos juguetes.

—Mira, Antoñillo, tiende las pieles y vamos á buscar el camino de mañana, que el viento ya se cansará de ser terco.

Y acostados á la orilla del rescoldo de la hoguera y protegidos del viento por el muro que formaba el bardal de romeros y tomillos, apoyados en los poblados arbustos, vestidos y calzados con su diurno ropaje y sus toscas abarcas y envuelta la cabeza en un azul pañuelo y el cuerpo y los pies en sus recias y pardas mantas, mientras los perros de vez en cuando daban al aire, como señal de vigilancia, un valiente ladrido, que iba á contestar al ruido lejano de la conversacion ó el canto de algunos transeuntes rezagados, cuyo rumor el viento traía, ó tal vez sonaba el esquiloncillo de la inquieta borrega que mudaba de postura por no sufrir los apretones de sus vecinas, aguardaban tranquilamente el sueño, á quien ellos no sabían, ni para nada les importaba, que los antiguos poetas habian llamado Morfeo.

Tendidos ya y acurrucados, y sacando apenas los labios por el embozo de sus mantas, entablaron de lecho á lecho, ó mejor dicho, de sitio á sitio del que ocupaban, el diálogo siguiente.

—¡Qué viento zurre y qué fresco se conoce que hace, tío Felipe! Es decir, fuera de la manta, porque de la manta para adentro no se siente nada.

—Sí, está la noche arisca, Antoñillo. Pero ¡valiente cuidado se nos da á nosotros! ¡Cuántas peores que esta tengo pasadas al lado de mi padre (que esté en el cielo), cuando yo era zagal como tú! Y mi padre se murió de viejo, sin haber sido nunca mas que pastor.

—Y nosotros tambien, si Dios quiere, creo que nos hemos de morir de viejos, como no hagamos la barbaridad de tirarnos de un risco abajo. Pero ¡qué! aquí, en el monte, no tenemos esos atolondramientos ni esa *malenconia* que padecen las gentes en las ciudades y que dicen que les hacen matarse á sí mismos, como si Dios no tuviera señalado á cada uno su fin. ¡Qué bárbaros! ¡Qué brutos serán! Para tener esa gente los estudios que dicen que tiene, poco se le conoce.

—Yo te diré: es que me parece á mí que en las ciudades la gente se *arremolina* mucho; y hay muchas envidias y muchas pependencias y se ponen de mal humor. Y eso de no ver salir el sol casi ningun día del año, como les pasa á ellos, ha de ser malo para acordarse de Dios. Yo, ¿qué quieres que te diga? siempre me acuerdo de mi padre. Cuando iba al pueblo, estaba deseando volverse al campo. Y á mí me pasa lo mismo.

—Y á mí tambien. ¡Qué! Si allí parece que se burlan de uno, y que ellos se burlan unos de otros.

—No dices mal, Antoñillo: como que cantan unas canciones que dicen:

«Medio mundo de mí rie;
Yo rio del mundo entero.»

—Pues yo creo que *naide* se debe reir de *naide*. Eso es una tontería de gente sin fundamento. ¿No es verdad, tío Felipe!

—¡Vaya si es verdad! Esa es la ley de Dios. Como decia Don Gaspar esotro día, Dios nos ha hecho hermanos á todos los hombres, y los hermanos no deben reirse de los hermanos, ni quererlos mal, ni tener envidia, ni malicia contra ellos. Lo que mi padre decia: «Trabajar cada uno en su puesto; y aquí paz y despues gloria.»

—Eso, eso digo yo. A mí, maldita la envidia que me da de los ricos ni de los señoritos. En teniendo salud no me cambio por ellos. En no faltando harina y aceite, y no muriéndose las ovejas, «ade-

lante con el hato.» ¡Si yo sé que tengo que trabajar en una cosa ú otra! ¿Qué mas me da? Y..... sí que me da. Porque en donde uno trabaja mas á gusto es en aquello en que nació. Si á mí me sacaran de la *pastoria*, ya me tenia usted *embarrancao*. Pues no digo nada si trajeran aquí á oír estos bramidos del aire á un zapatero ó á un sastre ó á Matías el sacristan..... ¡Válgame Dios qué pelaje les iba á quedar en cuatro dias! Nada, lo dicho; cada uno en su puesto y para su tarea. Y los que *emprencipian* á escarabajear y á querer salirse de sus casillas, ó son unos haraganes que no sirven para nada, ó unos diablejos de mala ley y unos *mascarrabias* que con nada están contentos, ni quieren sujetarse nunca y acaban en malos hombres y en mal fin. Ahora, si alguno sale con buen *caletre* desde pequeñillo, y estudia y adelanta y sirve para el caso, ese, vaya con Dios; y Dios le haga llegar á donde pueda; como á mi primo, el hijo del tío Jacinto el *Revendedor*, que dicen que va á llegar á capellan ó á maestro de escuela. ¡Y es que lee el chiquillo como un notario!

—Y tú estás hablando como un libro, Antoñillo; pero yo me voy ya durmiendo.

En esto, un soplo muy frio de huracan fuerte y prolongado pasó por encima del bardal y de sus cabezas, mugiendo y bramando como una legion de fieras, y doblando de una en otra y balanceando con gran violencia las ramas de los pinos.

—¡María Santísima! exclamó Antoñillo, ¡qué frio tendrán ahora los *ensabanados*!.....

Ignoro si el lector sabrá que los pastores de aquel pais, en las noches frias y destempladas, al guarecerse detrás de su bardal de ramaje, y al amor del rescoldo de sus hogueras, suelen exclamar: ¡Qué frio tendrán esta noche los *ensabanados*!..... Y á esta costumbre obedecia Antoñillo.

Esa especie de conmisericordia, y casi menosprecio, que tal frase denota hácia los que en su cama y entre sábanas de lienzo estarán acaso á la misma hora compadeciéndose de ellos, prueba que existe en el mundo, mas de lo que á primera vista parece, la ley de las *compensaciones*. En no llegando á la miseria, en que falte lo necesario á la vida, ¿quién podrá decir si es mas feliz el rico ó el pobre, el sábio ó el ignorante, el pastor ó el carretero, el labrador ó el artesano?.....

Nuestros dos pastores, sin envidiar á los *ensabanados*, y antes bien teniéndoles lástima, se durmieron *en paz*, se levantaron *en paz* antes de la aurora, y *en paz* vivieron, y murieron de viejos, como habian presentido, dejando á sus familias modestísimos ahorros, pero con ellos la preciosa herencia del buen ejemplo y de los sanos

consejos. Y como es preciso que haya en el mundo, si el mundo ha de existir, personas dedicadas á todos los oficios y profesiones, ¡qué bueno es que haya pastores alegres en su monte, y labradores contentos en su campo, y carpinteros bien hallados en sus talleres, y albañiles apegados á su oficio, y hombres, en fin, en todos los estados, satisfechos ó resignados con su suerte!.... Todos debiéramos trabajar en esparcir esa leccion saludable, como á todos nos la dan los dos pastores Felipe y Antoñillo.

Yo, desde que supe su vida, ya no digo: ¡Infelices pastores, infelices rústicos, infelices braceros, infelices menestrales! Digo tan solo: ¡Infelices aquellos que carecen de lo preciso para vivir ellos y sus familias, y no tienen una mano caritativa que se lo proporcione! ¡Pero mas infelices los que padecen tormentos del alma, aunque no los hayan buscado! Y ¡felices, muy felices y envidiables, los que hacen lo que hicieron Felipe y Antoñillo, como lo habian hecho sus padres! Contentarse con su suerte y vivir en paz, serenos y satisfechos, cumpliendo los deberes del puesto en que Dios los habia colocado, sabiendo que la *ley de las compensaciones* rige en el mundo «mas de lo que á primera vista parece.»

Cárlos Maria Perier.

EL CIEGO EN LA NIEVE.

Es un hecho histórico: narramos, no inventamos. Lo hemos oido referir á persona que lo presenci6, y es persona que no miente ni siquiera para una simple exageracion.

Era un dia de los mas frios de un crudísimo invierno: hace de esto pocos años. Una diligencia atravesaba penosamente la cumbre elevada del puerto de Piedrafita, que separa á Castilla de Galicia.

La nieve caia á grandes copos, amenazando sepultar con su blanco sudario á los atrevidos viajeros que así desafiaban la inclemencia del tiempo. Apenas se distinguia la carretera; la nieve lo nivelaba todo: habia sido preciso uncir cuatro bueyes de fuerza terrible para sacar el carruage de los continuos atolladeros formados por el medio metro de nieve que habia ya en el suelo.

El mayoral, cubierto de pieles hasta los ojos, azotaba á caballerías y bueyes, descargando sobre los inocentes animales la cólera que le inspiraba el temporal. El pobrecillo delantero, casi yerto de frio, volvía de cuando en cuando la cabeza gritando con voz lastimera que no podia tenerse ya á caballo. Los pasajeros de la diligencia, medio helados tambien á pesar de sus abrigos, contemplaban aterrados aquella espesa lluvia de nieve.

Uno calculaba cuánto tiempo, en semejante estado, bastaria para que la nieve sepultase el carruage; otro echaba miradas inquietas hácia los bueyes, fiando en sus fuerzas la esperanza de no quedar en aquel sepulcro helado; una madre afanosa redoblaba los abrigos sobre el tierno hijo que llevaba junto á sí, y parecia quererle transmitir el calor de su seno, aunque le fuese preciso para su propia vida.

Ocurria esta escena en un trozo largo de camino alejado de toda

poblacion; no habia que esperar auxilio ni de casa ni de pasajeros. ¡Pasajeros! ni pensarlo. ¿Quién se habia de atrever á arrostrar á pie un tiempo semejante? Fuera un conato de suicidio.

Y sin embargo, hubo quien tenia ese atrevimiento; y no para suicidarse, sino para poder vivir.

Los viajeros vieron de repente, llenos de asombro, al través de los empañados cristales del coche, que por una senda que desembocaba en el camino bajaba penosamente un anciano ciego, guiado de la mano por un niño de pocos años. El aspecto de ambos era en extremo miserable: sus pobres andrajos estaban cubiertos de una capa de nieve, y en sus semblantes se veia el efecto del frio atroz que hacia. Pero veíase tambien otra cosa; la necesidad, el hambre, que obligaba á aquellos infelices á salir á la carretera á mendigar.

—Señores, una limosna por amor de Dios á este pobre ciego, gritaba el viejo cayendo y levantando al lado de la diligencia, que iba por precision á paso lento.

Este espectáculo y este grito sugirieron diversas exclamaciones á los encerrados habitantes de la diligencia. La madre apretó á su hijo contra su seno, como si la vista de otro niño sin abrigo y medio helado le hiciese sentir mas el frio que tuviese el suyo. Un viejo exclamó compasivo: «Pobres gentes.» Una Señora espresó su compasion con hechos, y, bajando el cristal, arrojó á los mendigos una moneda de plata. Un joven, echándola de filósofo, exclamó con blasfema indignacion:

—Pero, Señor, ¿dónde está esa justicia de Dios que tanto nos predicán? Nosotros aquí tan buenos y tan abrigados, y ese pobre hombre, ciego, arrastrándose por la nieve para mendigar un pedazo de pan.....

La diligencia habia parado un instante para que las caballerías tomaran aliento. El ciego oyó estas palabras, é irguiéndose con varonil entereza contestó presuroso:

—Señorito, no diga V. eso. Dios hace siempre lo que es justo y yo estoy contento con mi suerte.

El filósofo calló, ó convencido ó admirado.

Esta leccion no era para menos. Tan sencillas palabras encerraban lo mas sublime de la mas consoladora resignacion.

¡Dios hace siempre lo que es justo y yo estoy contento con mi suerte!..... Esto es natural y fácil decirlo en situacion normal y tranquila; con abrigo contra el frio; con techo contra la intemperie; con apetito satisfecho y sed apagada; con hogar, con esperanza y..... con vista.

Pero esas palabras en boca del ciego de la carretera, que quizás moriria de hambre ó de frio si no saliese á pedir limosna y por eso se veia obligado á salir arrostrando tan horrible temporal, en boca de ese hombre y dichas con tanta presteza y espontaneidad, ¿no es cierto que enseñan mas que puedan enseñar cien páginas edificantes de la mas conmovedora elocuencia?

Así lo creemos.

Antonio Guerola.